

ARCADI ESPADA

Viene Varela

ARCADI ESPADA 07/07/2001

Lo primero que me dijeron algunos argentinos excesivos al preguntarles por Varela fue:

-Es la mina de Menem.

Fue hace algunos años. Manuel Vázquez Montalbán la había sacado en su *Quinteto de Buenos Aires*, el penúltimo delirio apocalíptico de Carvalho, y poco después yo la había escuchado en un disco muy elegante del Sexteto Mayor.

-Puaf..., es la mina de Menem -seguían diciendo, cuando yo empezaba a confesarles, no sin cierto temor, que no había oído nunca un tango más limpio y mejor encarado con su tiempo.

Cuando pude conocerla, hace ya un par de años, en su primera visita a Barcelona como cantante -no es que hubiese estado antes en la ciudad como mina de Menem: sólo acompañaba a su marido de entonces, un tenista que nunca salvó las rondas preliminares del Godó-, me dijo, nada más sentarse en la mesa de Leopoldo y sin que yo, de la emoción transido, aún hubiese podido articular palabra:

-Nunca fui la mina de Menem.

Así que gracias a unos y a la otra empezó a caerme bien Menem, al que hasta el momento no recordaba haber visto en otro lugar que en el escenario del remoto teatro Capsa, la remota noche en que vi representar a José Luis Gómez su *Informe para una academia*. Alabé el gusto del presidente: Varela era una mujer fascinante incluso con la boca cerrada, hipótesis compleja dada su boca y lo que lleva dentro.

Nunca he acabado de entender a mis argentinos. En su cosmovisión, ¡es la *weltanschauung* che!, la primera obligación de una tanguera es dotarse de un pasado bien corrupto y bien humillante. A mis prófugos del peronismo, y a sus psicoanalistas, lo que mejor podría sentarles es que la mina de Menem les rompiera el corazón, una noche, escuchando *Afiche*, por ejemplo.

-Ah, la puta, ah, la gran zorra, ah, la perona rabona, ¡cómo canta!

En cuanto a ella... Las gentes como ella son las únicas que pueden utilizar los puntos suspensivos.

-¿Menem, dice...?

El caso es que viene Varela. El miércoles 11, en el Grec. Calor y noche y Varela, más no puede pedirse. Trae su ultimísimo disco, *Más tango*, un título soso como el tenis y como el propio nombre de Adriana. No lo he escuchado. La globalización -esa bendición del cielo que incluso permite volver a romper lunas con causa- no ha llegado al tango, la gran música de las ciudades, puro instinto urbano, sin campos de algodón ni gitanos canasteros. Escuchar su penúltimo, *Cuando el río suena*, me costó trámites muy viciosos con el diario *Clarín* y su servicio de crítica y venta, todo integrado. En España aún no hay noticias de ese disco tremendo. Y seguirá sin haberlas. Me envían el repertorio de lo que la muy grande Varela va a cantar en el teatro: tangos enormes, no teman (con la educada excepción de *Fuimos*: que lo canta mejor, más triste, Elba Picó, la *nostra*); pero ninguna de las murgas y charangas extraordinarias de ese penúltimo disco donde hay tango, pero sobre todo folclor de frontera -tal vez el único folclor digerible- y una mujer en el pleno uso de sus facultades estéticas.

Una mujer. Por supuesto. Nada más femenino que el tango. Acabado el siglo XX, las navajas, el bulín mistongo y el duelo de hombres solos en los barrios del exilio, únicamente las mujeres pueden

comprender y difundir sin rubor, con la sequedad de un cronista, lo que los hombres hicieron por ellas. Incluso los golpes.

Ojalá hubiese amado a Menem, argentinos. Si insisto en el asunto es porque la quiero y quiero contribuir a su densidad de diosa y porque sé que el público tiene alma de loca. He pasado dos años evocando el par de noches que Varela cantó en la plaza del Rei, en mi sola presencia, y en la de una pobre chica aterrorizada que oraba por no tener que cruzarse nunca en la vida con aquella fiera. No había más gente: si en algún concierto ves a los otros, no hay música, sólo ecos de sociedad. Para sobrevivir, mientras tanto, he repetido una y otra vez sus discos, sobre todo en el coche, muy fuertes. Lloviendo, camino del puerto y cruzando en ámbar. Como un pobre tango.

© EDICIONES EL PAÍS S.L. - Miguel Yuste 40 - 28037 Madrid [España] - Tel. 91 337 8200